

MUJERES INDÍGENAS Y COOPERATIVISMO AGROPECUARIO: EL CASO DE FLOR DEL RÍO EN LA SELVA DE CHIAPAS, MÉXICO

M^a Eugenia Santana E.
Universidad Autónoma de Chiapas, México

Introducción

Cuando se llega por carretera a Flor del Río, puede vérselo desde arriba, unos kilómetros antes. Desde ahí, este paraje no parece modificar en casi nada el paisaje natural. Únicamente contrastan con el verde de la selva, los techos de lámina galvanizada de algunas viviendas.

Yo llegué a vivir a Flor del Río en 1983 acompañada de mi esposo, viajando en un camión de redilas de servicio público, ya que era —y es— la única forma de llegar allá sin contar con transporte particular. Ambos habíamos sido invitados por la gente de ese lugar para acompañarlos en su proceso organizativo en torno al cuidado de la salud —familiar y comunitaria—, la alfabetización, la introducción de nuevos cultivos y el aliento a la reforestación, así como el análisis de la realidad y la asesoría en la comercialización de la producción local. El proyecto inicial era quedarnos por dos años, finalmente estuvimos casi tres viviendo ahí.

Flor del Río es una pequeña comunidad de indígenas tojolabales que se localiza en la selva de Chiapas, en el corazón de la zona del conflicto iniciado en 1994, en el municipio de Las Margaritas. Esta comunidad es un anexo del ejido San Lorenzo. Los abuelos de los actuales habitantes de este lugar fueron trabajadores de las fincas, donde vivían como acasillados.

Los parajes de la selva frecuentemente se confunden con la naturaleza porque están hechos con un gran respeto hacia ésta. Además, los indígenas suelen utilizar para hacer sus viviendas los materiales que la misma región les proporciona. En Flor del Río, todas las casas están hechas con paredes de tablas, amarradas unas a otras con corteza de árbol muy flexible; las casas más pobres sólo tienen

una habitación que es cocina y dormitorio a la vez, pero según la tradición maya, la mayoría de las viviendas constan de dos cuartos —separados—, uno es la cocina y otro es el dormitorio (toda la familia duerme junta), éste suele tener techo de lámina y aquél de paja, la cual es más fresca y se impermeabiliza por dentro con el humo del fogón (el único combustible es la leña) que acaba por tiznar todo lo que hay en la cocina. Los pisos de todas las casas son de tierra aplanada, casi no acostumbran usar ventanas. En la cocina el fogón ocupa el lugar central, ahí se hace toda la comida y la familia come sentada alrededor de él. Algunas casas tienen letrina varios metros atrás de los cuartos, casi siempre en medio del cafetal.

Las casas de Flor del Río están repartidas en una amplia zona y sin ningún orden aparente. Los hombres son quienes eligen el lugar donde parar la casa y, generalmente, les gustan las cimas de los cerros o sus laderas, logrando con ello tener siempre una vista espectacular desde los corredores. Además, los indígenas acostumbran dejar una distancia entre una casa y otra (unos 30 metros, por lo menos).

No existen calles hechas expreso. El ir y venir de la gente va abriendo las veredas que comunican cada casa con las demás.

La total carencia de servicios públicos contribuye, en parte, a la conservación del paisaje.

El interés por este lugar surgió debido al particular proceso de colectivización que están llevando a cabo sus habitantes. Los campesinos de Flor del Río decidieron poner en común sus propiedades: parcelas para cultivo de maíz, frijol y calabaza; cafetales, ganado. Dentro de este proceso las mujeres han jugado un papel muy importante y poco a poco se han ido ganando un lugar dentro de la comunidad. Sin embargo, el proceso ha sido lento y las relaciones familiares aún conservan los rasgos de subordinación femenina propios de su antigua situación como acasillados en las fincas.

Como comenta Mercedes Olivera respecto a las comunidades de reciente colonización,

“... la nueva forma de poseer la tierra y su nueva ubicación en el sistema económico como pequeños productores de café para el mercado no han transformado en lo fundamental las relaciones entre hombres y mujeres, que aparecen teñidas fuertemente de machismo” (Olivera, 1979: 79).

La relevancia de este caso es que subraya la importancia de la perspectiva de género en el análisis del desarrollo rural, sobre todo en una cooperativa de producción, que ha luchado por salir adelante en una zona fronteriza que se caracteriza por la injusticia que reina en las relaciones campo—ciudad y que, por desgracia, se reproduce en las relaciones hombre—mujer.

A pesar de esto último, es posible afirmar que la formación del colectivo de Flor del Río ha favorecido algunos aspectos de la vida de las mujeres y las conquistas de éstas pueden ser un ejemplo a seguir por las demás mujeres de las comunidades de la selva, quienes en su mayoría se encuentran aún muy marginadas. De ahí que el objetivo de este trabajo sea presentar brevemente el proceso de colectivización de esta comunidad y describir los roles que juega la mujer actualmente.

La presente investigación es fruto de mi trabajo de campo, el cual –de acuerdo con el método antropológico– consistió en permanecer viviendo en el poblado, haciendo, en lo posible, la misma vida de las mujeres del lugar, realizando observación participante y entrevistas individuales y de grupo. El trabajo de campo fue combinado con actividades de antropología aplicada y la principal etapa fue de octubre de 1983 a junio de 1986. Recientemente, he realizado varias visitas a la comunidad para actualizar los datos que sufrieron cambios durante estos años.

Un poco de historia

“Hace mucho tiempo al acabarse los tiempos del baldío nuestros viejitos salieron de las fincas donde vivían como mozos y pasaron a poblar el lugar que ahora se llama San Lorenzo”, cuenta la gente de Flor del Río.

Aunque las tierras se empezaron a solicitar en el año de 1951, se ganaron definitivamente hasta el 8 de diciembre de 1954, entonces quedó formado el ejido de San Lorenzo, donde la gente empezó a cultivar el maíz y a sembrar sus huertos de café, este último para la venta.

Fue en 1970 cuando un grupo de familias que vivía en San Lorenzo salió para ir a asentarse en el lugar que ocupa hoy Flor del Río. Buscaban acercarse a los abastecimientos de agua y estar más ceca de las tierras de cultivo. Todas estas familias eran de origen indígena tojolabal y los más viejos de sus miembros habían sido los mozos en las haciendas de la región. Ellos aún hablan el tojolabal, aunque sus nietos ya no.

“Una vez instalados en Flor del Río, nos empezamos a reunir para celebrar la Palabra de Dios en casas particulares. En San Lorenzo quedó la mayoría de religión presbiteriana y acá pasamos la mayoría católica”.

En 1973, salieron dos jóvenes –escogidos por la comunidad– a prepararse como catequistas en la Misión de Guadalupe en San Cristóbal de Las Casas. “Cuando regresaron de sus cursos nos convencieron de formar una tienda cooperativa. Ahí empezamos a sentir gusto por la unión y en 1979 formamos la cooperativa como socios individuales”.

Después de solicitar inútilmente al gobierno un maestro para su escuela, dos personas de la comunidad se capacitaron para enseñar ellos mismos a sus hijos. Así lo hicieron, aunque, por desgracia, con pobres resultados.

En 1982, ante una escasez de maíz en la zona, el más anciano de Flor del Río, vendió su novillo para salir de su necesidad. Lo hizo y cayó en la cuenta de que los demás seguían en el problema. Entonces él decidió compartir con los demás el dinero conseguido con la venta del novillo.

“Cuando nos dimos cuenta de nuestras diferencias al ver que unos teníamos muchas y muy grandes milpas, otros pocas y chiquitas, y otros que no tenían nada, decidimos poner en común lo que teníamos y comenzamos a trabajar todos juntos. Hicimos la cooperativa en colectivo, luego una gran milpa y un gran frijolal, juntos empezamos a trabajar nuestras huertas de café. La alegría del trabajo co-

lectivo se aumentó mucho cuando, con la venta del café, compramos todo en común y nos dimos cuenta de que, por primera vez, el dinero nos alcanzó”.

También colectivizaron el ganado, hicieron la Casa Comunal para sus fiestas y reuniones y compraron una marimba. Aprendieron a cultivar y preparar la soya, después de saber los beneficios nutricionales que les aportaría. Otro logro comunitario fue conseguir la adquisición de un trapiche para moler la caña de azúcar y producir panela (pilonsillo), tarea que aprendieron cuando eran trabajadores de las fincas.

Con el apoyo de los católicos de Holanda, los campesinos de Flor del Río pudieron comprar un camión de carga de tres toneladas y se capacitaron como choferes dos de ellos al servicio de la comunidad.

“La visita de nuestro obispo, Don Samuel Ruíz García, se realizó en el mes de mayo de 1985. El escuchó nuestra historia y bendijo y confirmó nuestros trabajos comunitarios”.

En los meses y años siguientes, los habitantes de Flor del Río tuvieron logros comunitarios significativos, entre otros: construir un patio comunitario con piso de cemento para secar el café, introducir el agua potable entubada en la población, comprar una despulpadora de café con motor de gasolina, mejorar la nutrición de la comunidad mediante la compra de 5 vacas suizas –para proporcionar leche a los niños– y la donación de 800 carpas para un estanque comunitario, así como 30,000 carpas para una laguna que comparten con otros dos ejidos (El Edén y Ojo de Agua).

Entre los proyectos que se plantean está el de implementar un taller de carpintería para hacer muebles para sus casas, para la escuela y para la ermita.

“Todo lo que aquí contamos son cosas materiales pero que necesitan de muchos recursos no materiales y que conserva nuestra comunidad. Todos nuestros trabajos los hacemos por acuerdo comunitario, esto nos da fuerza para ejecutarlos y alegría para celebrar su término. Lo que alimenta nuestra comunidad es la Palabra de Dios que entendemos se debe vivir en la fraternidad; tenemos problemas pero también tenemos la voluntad de vencerlos y lo hemos aprendido a hacer en grupo y unidos. Buscamos una vida mejor que sostenga cada vez más nuestro deseo de vivir como hermanos”.

Antecedentes de la cooperativa de Flor del Río

La colectivización de las propiedades de los campesinos de Flor del Río no fue su primera experiencia de cooperación. De hecho la cultura indígena tiene tradiciones muy arraigadas que la caracterizan más como una cultura comanditaria que como una individualista.

El sistema de “mano vuelta”, es una forma tradicional de ayuda mutua entre los indígenas. Consiste en que unos a otros se prestan ayuda cuando siembran y cosechan las milpas, cuando construyen una casa y cuando es necesario arreglar caminos.

Las mujeres indígenas, por su parte, acostumbran prestarse ayuda mutua cuando nacen los niños: lavan la ropa de la familia de la recién parida, muelen el maíz

y preparan las tortillas para su familia, traen leña, etc. Tradicionalmente las mujeres también hacen trabajos comunes en la preparación de alimentos en las fiestas comunitarias: acarrear la leña para cocinar, el agua y todo lo necesario, además, se encargan del reparto de alimentos y bebidas durante las fiestas. También son ellas quienes siempre se encargan de poner flores en la ermita de la comunidad y asearla cada semana.

El aspecto religioso es fundamental como antecedente de la cooperativa: todos comparten la religión católica y tienen, semana a semana, reuniones en la ermita para reflexionar la Palabra de Dios, leen la Biblia, la comentan, rezan y cantan. Muchas veces en la ermita tratan problemas cotidianos, que no necesariamente tienen que ver con cuestiones religiosas, constituyéndose éste prácticamente en el único espacio público de expresión para las mujeres, pues aquí ellas siempre “dan su palabra”.

Estas reuniones les sirven de aliciente a los campesinos y los motivan para sostener su compromiso de ayuda mutua expresándolo en su forma colectiva de vida, pues, como ellos mismos cuentan, “...el estudio comunitario de nuestra vida en confrontación con la Palabra de Dios, sobre todo los Hechos de los Apóstoles y sus enseñanzas sobre la primera comunidad cristiana, nos hizo ver el camino para ser mejores y comprendimos que ese camino era compartir lo que teníamos y tener todos por igual”.

Datos generales de la comunidad de Flor del Río

Flor del Río se encuentra ubicada en una zona intermedia donde es el fin del bosque de coníferas y el principio de la selva, pero la mayor parte de la vegetación de su territorio es más de tipo selvático que de bosque. La comunidad está rodeada de cerros altos, con pocos espacios planos. Su ubicación le da la ventaja de gozar de un clima agradable casi todo el año, con temperaturas de 20 a 35 grados centígrados en el verano, pero con frío en el invierno, llegando en algunos días de enero a tener temperaturas debajo de los 10 grados.

Junto al poblado corre el pequeño río de La Piedad que fluye durante todo el año, aunque en tiempos de “secas”, éste viene muy bajo, llegando el agua, en las partes más profundas, sólo a la cintura y en las partes bajas, a los tobillos. Hasta hace poco tiempo, de este río se surtían de agua casi todas las familias del lugar y cuando escasea el agua de los manantiales, aún ahora vienen de las comunidades vecinas (hasta de 6 Km. de distancia) a surtirse del vital líquido, entre otros, vienen los de San Lorenzo, lo cual ayuda a comprender por qué los habitantes de Flor del Río dejaron lejos sus casas y huertos, para vivir cerca del río. Las mujeres de San Lorenzo y El Edén cargan sobre sus espaldas los cántaros de agua durante una o dos horas, para llevarla hasta sus casas. Esta es, por tradición, una tarea exclusivamente femenina en las comunidades de la selva.

En relación a los servicios con que cuenta el poblado de Flor del Río, hay que señalar que no cuenta con *ningún servicio público*: ni energía eléctrica, ni mucho menos telégrafo, correo o teléfono. Si cuentan con agua entubada en la actualidad

es gracias al ahorro y esfuerzo comunitario, porque el gobierno no dio ni la asesoría técnica. Sin embargo todavía tienen que ir al río a bañarse y las mujeres a lavar la ropa, pues el agua entubada sólo alcanza para beber y cocinar.

En lo que se refiere a los *servicios de salud*, en la selva de Chiapas las estadísticas demuestran el abandono y atraso que sufre la gente; la falta de médicos y medicinas se refleja más que nada en una alta tasa de mortalidad infantil. Según datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), las principales causas de muerte en el estado de Chiapas son: la neumonía, la desnutrición proteíno-calórica, el infarto, la cirrosis –y otras enfermedades crónicas del hígado– y la tuberculosis pulmonar (INEGI, 1993: 122). En cuanto a los menores de un año, las principales causas de muerte son: las afecciones respiratorias del feto o del recién nacido, la neumonía, la desnutrición proteíno-calórica, las complicaciones obstétricas al momento de nacer y la bronquitis crónica (ibid.: 123). Estas enfermedades, con adecuada atención médica, no serían mortales, por lo que se puede asegurar que el mayor mal aquí *es la injusticia "crónica"*.

Cabe señalar que, dentro de la familia, la mujer es la que tiene más deteriorada la salud debido a que, desde que es pequeña, es obligada a ceder los mejores alimentos a los hombres; cuando llega la adolescencia, la pérdida de sangre por el flujo menstrual la debilita mucho (dado que normalmente padece una fuerte anemia) y , después, cuando se casa, los múltiples embarazos y partos, además de una gran carga de trabajo, aunados a la falta de alimentos ricos en vitaminas y proteínas, tienen por consecuencia el hecho de que *la mujer siempre esté enferma*: dolores de cabeza constantes, dolor de espalda y piernas son "el pan de cada día" en estos lugares, y esto es para la gente algo tan natural como el día y la noche.

En Flor del Río no trabaja ninguna institución gubernamental para la salud, mucho menos una privada. Los servicios de salud que tienen los habitantes de este paraje son los que se proporcionan ellos mismos a través de dos vías principalmente: una partera y dos agentes de salud.

La partera de la comunidad no sólo atiende los partos, sino además muchas enfermedades comunes que aquejan a los pobladores de este lugar, pues posee un amplio dominio de la herbolaria. Esta mujer, ya mayor, tiene un enorme conocimiento empírico sobre los asuntos relacionados con la salud y la enfermedad, además de una impresionante intuición sobre los mismos. Además, ser partera aquí implica un gran prestigio y el respeto de toda la comunidad, sin embargo los servicios que ella presta no derogan una compensación económica monetaria, si acaso, voluntariamente los beneficiados llevan como agradecimiento algún regalo en especie, por ejemplo: varios huevos, fruta, pan o, si el caso atendido fue muy difícil, le llevarán una gallina u otro animalito. Cabe señalar que el gobierno no ha apoyado para nada a la partera de Flor del Río.

La otra vía de atención de la salud comunitaria son los "*agentes de salud*", quienes han tomado cursos de salud comunitaria que imparten periódicamente misioneros(as) de la iglesia católica y algunas Organizaciones No Gubernamentales. Estos agentes de salud trabajan principalmente en la prevención de las enfermedades: organizan reuniones comunitarias de salud en las que, motivan a las

madres de familia para que hiervan toda el agua de beber, a los padres de familia para que construyan letrinas para sus familias, etc.

Si bien los esfuerzos de los dos agentes de salud de Flor del Río son bien valorados, la partera sigue siendo la persona en quien más confía la gente para el alivio de sus enfermedades.

En relación a los *servicios educativos*, al no contar con un maestro, los niños sólo pueden aspirar a saber leer y escribir y si acaso a conocer los números, porque un padre de familia del lugar se los enseñe, pero si quieren estudiar algo más, tendrían que ir a la escuela de El Edén, en cuyo caso, sólo irían los varoncitos (como le dicen aquí a los niños), pues en estos lugares se piensa que, como las mujeres se van a casar, no hay necesidad de que vayan a la escuela. (Hablaré más adelante de esto en el capítulo sobre educación).

Así pues, en Flor del Río casi todos los hombres adultos están alfabetizados (a excepción de los ancianos), pero las mujeres eran todas analfabetas a mi llegada en 1983; algunas aprendieron a leer y escribir con mi apoyo, pero las que tienen niño(s) chiquito(s) no pueden dejar su casa ni una hora diaria para dedicarla al estudio; las únicas que tuvieron tiempo de asistir a la alfabetización fueron las "solteritas" (como le llaman a las adolescentes) y las ya mayores, que han finalizado su etapa reproductiva.

Por otro lado, en lo que se refiere a las *actividades económicas*, la más importante es *la agricultura*, la cual se destina básicamente para el autoconsumo y aquí se realiza en colectivo. La comunidad de Flor del Río cuenta con *tierras ejidales* de las cuales sólo una parte son cultivables, éstas se ocupan principalmente en el cultivo del maíz y del frijol, ambos se siembran juntos y son la base de la dieta. El café es otro cultivo importante, pero éste se destina principalmente a la venta.

En menor medida se cultivan otros productos como son: la caña de azúcar –destinada a la producción de panela o pilonsillo, lo cual aprendieron cuando trabajaron en las fincas–, el plátano –muy abundante en esta región–, la naranja, la piña y la soya. Esta última fue introducida por mi compañero y yo, como una alternativa ante la escasez de proteínas en la dieta de estos campesinos; los hombres aprendieron a cultivarla y las mujeres a cocinarla, y ahora la consumen regularmente.

En cuanto a la *técnica* empleada en la agricultura, cabe señalar que el sistema ancestral utilizado por los indígenas de Chiapas es el de *roza y quema*. Dadas las condiciones del medio, es de los pocos aplicables, pues cultivan en las laderas de los cerros. El *bastón sembrador* o *coa* y el machete son las únicas herramientas de trabajo.

Los campesinos de Flor del Río complementan su economía con la crianza de ganado que tienen y atienden en colectivo. Estos animales se venden cuando a la comunidad se le presenta alguna necesidad de dinero en efectivo o se sacrifican para preparar la comida en alguna celebración comunitaria.

Por otro lado, hay que comentar que los campesinos de Flor del Río, mujeres y hombres, han luchado en forma común para fundar una *tienda cooperativa* que distribuye artículos industrializados de primera necesidad en la selva, como son alimentos procesados (azúcar, galletas, enlatados, etc.), pilas para radios y linternas, petróleo para los candiles y cosas semejantes. En esta tienda se venden las

mercancías con precios preferenciales para los socios, pero aún para los que no lo son, se venden mucho más baratas que en cualquier otra tienda en varios kilómetros a la redonda, beneficiándose también gente de otras comunidades. Esto había sido posible gracias a que estos cooperativistas contaban con su propio vehículo, lo cual reducía los costos del flete y los pasajes a Margaritas, lugar donde se surten de mercancías. Desgraciadamente este vehículo les fue robado en febrero de 1995, casualmente coincidió con la expedición punitiva del Ejército Federal Mexicano a esa región.

Pero volviendo al punto, se puede afirmar, sin lugar a dudas, que la formación de esta cooperativa ha contribuido a elevar el nivel de vida de sus asociados, pues es claro que ellos gozan de muchas ventajas que no tienen los campesinos de otras comunidades que no están colectivizados.

Una nota al margen... Considero importante señalar que después de un año de iniciado el conflicto armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, las comunidades que están colectivizadas son las que han podido sobrellevar mejor la crisis de producción en que se ha visto envuelta la selva chiapaneca desde 1994, pues han resuelto sus problemas en forma común y no individualmente. Se confirma, así, el hecho de que la colectivización es la salida más viable en la situación actual que vive el campo mexicano.

La mujer indígena de la selva de Chiapas

Actualmente no se ignora la situación de marginación de la mujer en la cultura rural de México, sin embargo esta situación, en Chiapas adquiere dimensiones dramáticas. Y si bien es cierto que la posición de la mujer dentro de una cooperativa es mejor, no deja de estar, por ello, muy marginada, con características muy similares a las que prevalecen en las comunidades no colectivizadas.

Por lo tanto, el análisis que se presenta a continuación no sólo es aplicable a la mujer de Flor del Río, sino también, de un modo general, a la mujer de toda la selva chiapaneca.

Para analizar el papel de la mujer indígena en el medio rural, forzosamente hay que remitirse a la familia como *unidad básica de la vida económica campesina*, es decir, la explotación familiar conforma la unidad primaria y básica de la sociedad campesina y de la economía, y dentro de esta unidad la mujer juega un papel primordial.

El uso de tecnología en la agricultura puede significar mayores ingresos para una familia campesina, pero en la selva chiapaneca, lo accidentado del terreno y la falta de capital, impiden el uso de ésta, por lo que la *fuerza de trabajo familiar es la única categoría de ingreso posible para la satisfacción de necesidades*. De este modo tenemos que, de acuerdo al planteamiento de Chayanov (1974), la relación entre consumo familiar (o sea, el número de miembros de la unidad doméstica) y la explotación de la fuerza de trabajo (o sea, el número de miembros en edad de trabajar) es lo que va a definir la mayor o menor carga de trabajo para los miembros en edad de trabajar de las unidades domésticas. El modelo de Chayanov opera

desde una perspectiva micro; de ahí su utilidad para exponer la organización interna de la unidad doméstica campesina, pero no es útil para describir el rol de la mujer dentro de ésta, debido a que el autor no distingue entre el trabajo masculino y femenino, ni le presta atención a las actividades que son esencialmente femeninas.

Unidad económica campesina: la familia

En las comunidades rurales indígenas encontramos dos tipos de familias: las *nucleares* y las *extensas*. Las primeras constituidas por un matrimonio y sus hijos; las segundas que incluyen, además de la familia nuclear, otros miembros, como por ejemplo: los abuelos, los hermanos solteros del padre o de la madre, o cualquier otra persona de la familia que se haya quedado sola; una familia extensa también puede formarse de dos o más familias nucleares. Así pues, se considera una sola unidad doméstica si las entradas económicas se unen en una sola y “todos comen de la misma olla”, como dicen ellos mismos.

Chayanov ha estudiado el desarrollo de la unidad doméstica en base a la relación consumidores–trabajadores y, dando categorías o valores diferentes a los consumidores niños y adultos y a los trabajadores adolescentes y adultos, elabora la tesis según la cual, a mayor número de hijos, mayor es el trabajo productivo de los miembros de la familia en edad de trabajar (al principio éstos sólo serán los padres). Cuando la familia tiene alrededor de 15 años, los hijos mayores empiezan a trabajar y la carga de trabajo de los padres disminuye.

El problema de la propuesta de Chayanov es, como decía, que no distingue entre el trabajo femenino y el trabajo masculino, es como si hablara de gente sin sexo, él no toma en cuenta que las mujeres tienen diferentes responsabilidades respecto a los hombres.

Así pues, si analizamos la relación consumidores–trabajadores en el proceso de cualquier familia de Flor del Río, podemos observar que el aumento de la carga de trabajo no es igual para el padre que para la madre cuando la familia empieza a crecer. Cuando nace el primer hijo, el padre prácticamente sigue realizando los mismos trabajos que antes en la milpa (puesto que el nuevo miembro de la familia se alimentará del pecho de su madre los primeros dos años), mientras que para la madre los trabajos *domésticos* se duplican, pues no sólo tiene que seguir realizando las labores que antes hacía, sino que además tiene que cuidar a un bebé que le demandará atención continua, que ensuciará muchos pañales que ella tendrá que lavar, que se enfermará, que habrá que amamantar... en fin. Claro que la llegada de los hijos es la mayor alegría que una mujer de la selva puede tener y que esta alegría retribuye con creces el agotamiento del aumento del trabajo, pero también debe tomarse en cuenta que una madre que amamanta está perdiendo gran cantidad de energía y, por supuesto, esto la agota mucho más. En ese sentido, debe hacerse la misma reflexión para el tiempo del embarazo. Así pues, desde antes del nacimiento del primer hijo, el desgaste de la madre es mucho mayor que el del padre de la unidad doméstica campesina. Con cada nuevo miembro de la familia el tra-

bajo *doméstico* de la madre tenderá a duplicarse (además del agotamiento de cada embarazo, parto y lactancia).

Lo anterior nos muestra la necesidad de analizar por separado el trabajo de la mujer dentro de la unidad económica campesina, la familia.

El trabajo femenino

Las labores que normalmente realiza la mujer campesina que ha pasado la adolescencia, se pueden clasificar en dos tipos diferentes: domésticas y productivas. Las primeras, obviamente se refieren a las tareas propias del hogar y del cuidado de los hijos y las segundas en Flor del Río son principalmente labores agrícolas, aunque en otros lugares pueden ser también labores artesanales u otra(s) actividad(es).

Trabajo doméstico

En Flor del Río, al igual que en las demás comunidades de la selva, las labores domésticas son mucho más pesadas de lo que son en las zonas urbanas debido, entre otras razones, a la carencia de servicios públicos, como electricidad, agua entubada y drenaje.

La mujer campesina es la primera de la familia que se levanta y la última que se acuesta. Desde el amanecer su tarea primera es hacer fuego en su cocina y, con él, empieza el trajín de todo el día: moler maíz, hacer las tortillas, preparar los frijoles y el café. Dar de comer a la familia y lavar los trastes. A continuación, ir a lavar ropa al río, al mismo tiempo que se cuida a los niños, y volver a casa cargando la ropa húmeda, un cántaro de agua y, en ocasiones, hasta a un bebé. Entonces hay que preparar el almuerzo, consistente en frijoles y tortillas. *“La preparación de las tortillas –dice Olivera– ocupa un lugar importante en el trabajo doméstico, pues debido a la ausencia de energía eléctrica y vías de comunicación modernas, tienen que moler el nixtamal en forma muy rudimentaria que requiere un gran esfuerzo utilizando metates o en el mejor de los casos molinos de metal, lo que implica también una inversión de tiempo considerable”* (Olivera, op.cit: 75).

Después de dar el almuerzo a la familia, hay que “recoger la cocina”. Para esto ya es cerca del mediodía, es entonces cuando las mujeres van al campo a buscar leña o a coleccionar alguna yerba o fruto silvestre para dar de comer a su familia, también pueden ir a cortar naranjas o traer plátanos de sus huertas.

Todo lo anterior lo hacen las mujeres alternando con amamantar al niño más pequeño, cambiar pañales y cuidar que los hijos mayorcitos no hagan travesuras (como jugar con el machete, acercarse al fogón o ahogar un pollito).

Cuando el hombre regresa de sus labores, alrededor de las seis de la tarde, la mujer ya habrá ido dos o tres veces al río por agua, ya le habrá dado de comer a los animales domésticos, habrá costurado alguna ropita que lo necesitaba y atendido algún otro asunto de los que nunca faltan. Entonces, al llegar el marido, ella le servirá la comida, para después comer ella y lavar los trastes sucios. Cayendo

el sol, la mujer desgrana las mazorcas necesarias para poner a cocer el *nixtamal* con el que hará las tortillas del día siguiente.

Estas serían las labores de un día sencillo, sin problemas de enfermos o sin labores comunitarias, pero, cuando hay que realizar trabajos productivos, las labores del día aumentan.

Trabajo productivo

El trabajo de producción agrícola más importante que realizan las mujeres de Flor del Río es la cosecha del café. Antes de la colectivización de la tierra, las mujeres colaboraban con su esposo (o su papá) en la siembra y la cosecha del maíz, ahora ellas están libres de estas labores, pero en la gran mayoría de los parajes de la selva no es así.

El corte del café en Flor del Río es una actividad comunitaria. Durante la época del corte, las mujeres se ponen de acuerdo cada tarde, sobre cuál huerta de café irán a cosechar al día siguiente. *La cosecha del café es un trabajo arduo para las mujeres*, por los motivos los siguientes:

– El café se cosecha en los meses más fríos del año: diciembre, enero y febrero. En la selva durante estos meses cae una lluvia muy finita, que penetra hasta los huesos y humedece todo cuanto está a la intemperie.

– Los cafetales deben tener mucha sombra, por tanto, los árboles grandes aumentan la humedad, pero el mayor problema es que el suelo está siempre cubierto de hojas, bajo las cuales hacen nido las arañas, las víboras y demás animales ponzoñosos. Las mujeres que tienen bebés, los cargan en su reboso *todo el día*; las mujeres cuyos niños chiquitos ya no son de brazos, los sientan en el suelo mientras ellas trabajan (no tienen con quién dejarlos en casa, pues todas van a cosechar café), por lo cual, los niños siempre terminan muy picoteados y, en ocasiones, con mordeduras de animales ponzoñosos que ponen en peligro su vida. Es fácil comprender el alto grado de tensión con que trabajan estas mujeres, cuidando constantemente a sus niños de las mordeduras de los bichos.

– El piso de los cafetales, es muy irregular, las raíces de los árboles grandes se cruzan por todos lados, provocando que quienes trabajan ahí se lastimen constantemente los pies y tobillos.

Después de la cosecha, hay que despulpar el café, lavarlo (tareas de los hombres) y ponerlo a secar al sol y estarlo moviendo a cada rato (tarea de las mujeres), a veces esto se prolonga por varias semanas. Después, el café se encostala y se lleva a un centro de compra.

Los campesinos de Flor del Río venden en colectivo toda la cosecha del café y, el dinero que les pagan, lo dividen en dos: una parte es para los gastos comunitarios que se requieran –como mantenimiento del camión, el abasto de la tienda cooperativa o similares– y la otra parte es para distribuirla entre los participantes

de la cooperativa.

En cuanto a la redistribución de los ingresos al seno del grupo doméstico, existen familias en Flor del Río donde los hombres dan una parte del dinero de la venta del café a sus esposas para que ellas lo administren como gusten, pero estos casos son excepcionales y sólo lo empezaron a hacer a partir de la colectivización. Antes esto era impensable. Desgraciadamente la mayoría de los padres de familia conservan y disponen del dinero del café, sin tomar en cuenta a su esposa.

Mercedes Olivera, refiriéndose al trabajo de las fincas, dice que:

“De acuerdo con la ideología paternalista y servil del sistema, se considera, no que la mujer trabaja en el corte de café, sino que la mujer “ayuda” al hombre a cortar el café, por eso ellas no reciben sino excepcionalmente el producto de su trabajo. Aquí también existe entre su trabajo y el dueño del capital, la mediación de su marido, hermano o hijo mayor a quien se le entrega el salario, y dispone de él colocando a las mujeres como menores de edad y reproduciendo su dependencia[...]. En estas circunstancias el trabajo productivo de la mujer se vuelve propiedad del hombre, y la ideología opresiva del sistema se extiende a todos los órdenes de su existencia [...]

La reproducción de la ideología servil se ve claramente en los ejidos de las mismas zonas cafetaleras [...]; en donde los ejidos se formaron hace tres o cuatro décadas [es decir los años cuarenta y cincuenta] con renteros y peones liberados de las fincas, las relaciones familiares han conservado los rasgos paternalistas que caracterizaban su antigua situación [...] (Olivera, op.cit: 77 y 79) .

De acuerdo a lo anterior, las mujeres de Flor del Río sufren las consecuencias de haber vivido bajo el dominio del sistema de producción de las fincas cafetaleras, cuya relación servil con los dueños de las empresas imprimió en las culturas indígenas características que persisten y que tardarán muchos años en ser modificadas.

Volviendo al planteamiento de Chayanov, acerca de que la carga de trabajo de los padres (los trabajadores de la familia) aumenta con la llegada de los hijos, para el caso de las madres de Flor del Río, esto es cierto en lo que se refiere al trabajo *doméstico* pero no lo es en el trabajo *productivo*, el cual ya no se puede realizar en la misma cantidad que se hacía antes.

June Nash estudió el caso de Amatenango del Valle (1975), comunidad de alfareras de los Altos de Chiapas, y ella encontró en su trabajo de campo de hace tres décadas que la producción artesanal disminuía con la llegada de los hijos, a pesar de que la necesidad de ingresos era mayor. En su reciente investigación (1993), Nash encontró que ahora las mujeres disminuyen voluntariamente el número de embarazos, debido a la producción artesanal. Por tanto, Nash indica que lo que falta en el análisis de Chayanov es una perspectiva de género. Faltando eso, él no puede apreciar lo que pasa en la familia campesina con la llegada de nuevos miembros, en el sentido de que la mujer tiene que reducir su trabajo productivo.

La diferencia entre el trabajo *productivo* de las mujeres de Flor del Río y el de las mujeres de Amatenango es que, en el primer caso, ellas no son dueñas de la producción, mientras que en el segundo caso sí. Es decir, las mujeres de Amatenango venden su alfarería y disponen ellas mismas del dinero que ganan, mientras que las de Flor del Río, no ven el fruto de su trabajo, pues –como decía–

los hombres son quienes venden el café y disponen del uso de ese dinero, sin consultar a la mujer.

Así pues, cuando la mujer en Amatenango tiene que disminuir su carga de trabajo *productivo*, por la llegada de un nuevo hijo, se ve forzada a depender económicamente de su marido y con ello a subordinarse a él; mientras que para la mujer de Flor del Río, el reducir su trabajo *productivo*, significa de alguna manera la liberación de una pesada carga, aunque no llegue a liberarse por completo, pues, en menor medida sigue colaborando en la producción. Lo cual no quiere decir que disminuya su carga de trabajo ya que –como he dicho– aumenta el trabajo *doméstico*.

Sin embargo, en cuanto a la participación femenina en la producción, es evidente que el trabajo del café no ha aportado a las mujeres de Flor del Río las mismas ventajas que ha aportado a las mujeres de Amatenango del Valle el trabajo de la alfarería, ya que, repito, éstas disponen del dinero de su venta, mientras que aquéllas no.

Al trabajo del café, hay que añadir otra producción doméstica muy importante por lo que significa en la dieta familiar: me refiero a la *cría de animales domésticos*. En efecto, las mujeres son las encargadas de cuidar las aves de corral (gallinas y guajolotes, principalmente) que surten de huevos y carne blanca al grupo doméstico. Asimismo, ellas cuidan a los perros (indispensables en la caza), a los cerdos –cuando llegan a tener–, etc. También estas actividades disminuyen cuando la madre debe cuidar niños pequeños. Paradójicamente, cuando más se necesitan estas proteínas, es cuando menos las hay, ya que, por desgracia, no se cuenta con tiempo para atender a estos animales.

Educación

Desde el momento del nacimiento de una criatura, las diferencias de actitud y de trato hacia el hombre y la mujer salen a relucir.

Cuando una mujer da a luz –ayudada por la partera de la comunidad y, en ocasiones, también por su marido–, puede recibir una buena noticia: “fue varoncito”, o puede que reciba una noticia triste: “fue hembrecita” (como dicen en la selva). Desde este momento empiezan las diferencias. Para las madres es mala noticia –hasta cierto punto– el nacimiento de una niña, porque piensan que “las mujeres sólo vienen a este mundo a sufrir...” Digo que hasta cierto punto porque el nacimiento de un ser humano siempre es motivo de alegría en estos lugares.

Apenas a los cuatro o cinco años de edad, las niñas ya tienen tareas como la de impedir que se metan los pollos a la casa; los niños de esa edad pueden irse a jugar con los amigos.

Las *niñas* de ocho a doce años ya *colaboran* mucho con su mamá en las labores del hogar: cuidan a los hermanos pequeños, lavan trastes, traen agua del río, vigilan que los frijoles no se quemen. Los *niños* de esa edad, en cambio, *van a la escuela* a aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas. En los días libres, son ellos quienes llevan recados a las tías, a las abuelitas y, muy de vez en cuando, ayudan a su papá en la milpa. Existe la idea de que las mujeres no necesitan ir a la escue-

la, esta es la razón por la que la gran mayoría de las mujeres de Flor del Río eran *analfabetas* a nuestra llegada y *no conocían los números*.

Durante la adolescencia, las hijas se convierten en la “mano derecha” de su madre; los hijos adolescentes –que ya no asisten a la escuela porque no la hay– también son un gran apoyo para el padre, pero tienen mucho más tiempo libre que sus hermanas.

En resumen: a las mujeres se les educa para que sepan trabajar bien, para que puedan complacer a su marido cuando se casen. Como dice Olivera:

“Desde pequeñas se les educa para obedecer y servir, limitándoles enormemente su iniciativa. Su opresión, perfectamente ajustada al sistema de valores de su cultura, pareciera ser para ellas en la vida diaria tan “natural” e inamovible como la miseria en que viven y que la religión justifica” (Olivera, op.cit: 74).

Esto último –el que *la religión lo justifica*– en el caso concreto de Flor del Río, no es conforme a la realidad. Ya que la religión católica de la Diócesis de San Cristóbal, inspirándose en la Teología de la Liberación, ha impulsado la participación activa de las mujeres (*cf.* Pérez Enriquez, 1993–1994). Uno de los catequistas, quien a la vez es un líder comunitario, predica mucho la igualdad entre hombres y mujeres. Y lo interesante es que predica más con el ejemplo que con la palabra. Incluso, en honor a la verdad, la Iglesia de esta diócesis ha sido promotora no sólo de la igualdad entre todos los grupos sociales, sino también de la igualdad y la participación de las mujeres, y este es uno de los motivos por los que se ha ganado enemigos entre los poderosos de la región, pues muchos de ellos usufructuaban de la “inferioridad” de la mujer y del indígena.

Uso del tiempo libre

Las oportunidades de diversión, para los hombres, son múltiples: tocan marimba, escuchan cassettes y, como son grandes conversadores, por las tardes les gusta reunirse a platicar y se pueden quedar así hasta entrada la noche, a veces se animan y se van de cacería “a perseguir” venado, jabalí o tepescuintle. Algunos sábados o domingos los solteros se van a pasear a las comunidades cercanas, donde haya baile, pero ningún hombre se pierde el partido de fut–bol de las mañanas de domingo y, después del partido, ¡a bañarse al río!

Las mujeres tienen escasas distracciones y la mayoría de éstas son trabajos en equipo, es decir, las muchachas disfrutan el reunirse para *hacer* pan o tamales, el *ir a cortar* “yerbamora” o *hacer* juntas la comida de las fiestas: *éstas son sus distracciones*.

Otra actividad que le gusta a las mujeres es ir a la ermita, en estas reuniones la gente canta, reza, lee el Evangelio y reflexiona. A las mujeres les gusta asistir porque se encuentran con el resto de la comunidad y eso les alegra; además, el canto y el rezo es una especie de catarsis para ellas, que no tienen otro desahogo.

Fuera de las reuniones en la ermita, para las mujeres *no hay diferencia de actividades entre las cotidianas y las del fin de semana*: igualmente tienen que hacer la comida y cuidar a los niños; las solteras, igualmente deben ayudar a su mamá.

La oportunidad de ir a un baile y conocer muchachos sólo se da cuando el baile es en su misma comunidad. En pocas palabras, las mujeres campesinas *no descansan nunca*, no conocen el ocio, no saben lo que es sentarse, así nada más, a mirar el campo o ver cómo juegan sus hijos. *La mujer campesina es una eterna trabajadora*, pareciera que con los escasos abrazos y mimos que le dan sus hijos ella olvidara el agotamiento y se cargará energía.

A manera de conclusión

Si bien es cierto que la situación de subordinación de la mujer no se supera cuando una comunidad campesina se colectiviza, es verdad también que se dan pasos importantes en favor de una mayor igualdad entre el hombre y la mujer.

Quizá los retos más grandes en la emancipación de la mujer indígena sean tomar parte en las decisiones de la familia y de la comunidad, participar activamente en las reuniones comunitarias y permanecer unidas, sin permitir que la división mine al grupo.

En Flor del Río, gracias a la colectivización, las mujeres han formado un bloque, se han unido en lugar de permanecer aisladas en sus casas, cada una con sus problemas. Este bloque que ahora forman las mujeres se ha ganado un lugar en la comunidad. Ahora las mujeres, como equipo, plantean sus inquietudes, sus preocupaciones y sus propuestas ante la comunidad y van consiguiendo, poco a poco, una mejor vida para todos. Sin embargo aún falta camino por andar...

Las mujeres de Flor del Río, unidas, han logrado que se tomen acuerdos importantes para ellas, como por ejemplo: racionalizar su participación en la cosecha del café: las madres con niños pequeños, que aún no se sepan cuidar solos, pueden dejar de asistir a la cosecha del café, si no tienen con quién dejarlos; también han acordado apoyar a las mujeres que acaban de tener un parto, dándole permiso a su compañero de ausentarse 15 días de los trabajos colectivos, para que atienda a su esposa en lo que ella necesite. Estos acuerdos hubieran sido prácticamente imposibles en una comunidad no colectivizada.

Así pues, el trabajo productivo de las mujeres, y en parte también el de los hombres, disminuye con la llegada de nuevos miembros a la comunidad, sin que el consumo familiar se vea realmente afectado, gracias a la organización comunitaria de estos campesinos.

Nuevamente el esquema de Chayanov (op.cit.) es incapaz de comprender esta realidad, debido a que él se basa en la teoría neoclásica y, por lo tanto, carece de una visión del trabajo colectivo, el cual, a diferencia de un análisis de "utilidad marginal", aumenta el valor cuando se suman individuos al trabajo. Dados estos presupuestos, este autor no puede predecir el éxito de la producción colectiva en tiempos de emergencia.

Por otro lado, es importante señalar la necesidad de que las mujeres reciban una justa retribución por sus trabajos productivos, y no sólo me refiero a una retribución económica –que es la esencial–, sino también una moral, en el sentido de que se debe reconocer públicamente que el trabajo de la mujer es valioso y nece-

sario para todos los miembros de la comunidad. Además es oportuno valorar apropiadamente el gran esfuerzo que significa dedicarse “al hogar”, más aún en las condiciones descritas, y buscar que tanto los hombres como las mismas mujeres indígenas, lo valoren también.

La participación que las campesinas de Chiapas están llevando a cabo en los movimientos en favor de la liberación de los indígenas y campesinos es de gran importancia, y es indispensable tomar consciencia del enorme papel de la mujer en la historia de su pueblo.

PS

No quiero terminar este trabajo sin hacer referencia al movimiento armado iniciado en Chiapas el primero de enero de 1994, justamente el día en que entrara en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Canadá, Estados Unidos y México).

Este levantamiento, como se sabe, tiene sus raíces en la injusticia ancestral que sufren los campesinos e indígenas de Chiapas. Ellos exigen al gobierno de la República justicia y democracia, principalmente, así como la satisfacción de sus necesidades elementales de tierra para trabajar y comer de sus frutos; educación básica no enajenante ni manipulada; servicios de salud para todos, hasta en las comunidades alejadas; viviendas dignas y mejores condiciones para la comercialización de sus productos. Estas son algunas de las demandas que presentó el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) después del diálogo que mantuvo con el representante del gobierno federal, en febrero de 1994.

Después de este diálogo, al no ver disposición del gobierno a satisfacer sus demandas y al mirar un mayor despliegue de tropas federales en la zona de conflicto, el EZLN se volvió a levantar en armas, concediendo intervalos de tregua para mostrar su disposición a una salida negociada.

Así estuvieron las cosas, hasta que el 9 de febrero de 1995, el presidente de la República Mexicana, Ernesto Zedillo Ponce de León, informó a la Nación por televisión que “[...] *con el fin de proteger a la población, evitar mayores quebrantos a la ley y nuevos hechos de violencia por parte del EZLN* [...]” (Mensaje publicado en los periódicos de circulación nacional el 10 de febrero de 1995), las tropas del Ejército Federal avanzarían hacia la selva Lacandona y varios municipios más, entre ellos Las Margaritas, al cual pertenece Flor del Río.

Las fuerzas del Ejército Federal y de la policía Judicial impidieron el libre tránsito por los caminos y carreteras que dan acceso a la selva en los municipios de Las Margaritas, Ocosingo y Altamirano. No se permitió entrar ni salir de la zona por el espacio de 5 días (del 9 al 14 de febrero de 1995), lo cual provocó gran inquietud debido a que se ignoraba lo que estaba sucediendo en aquellas poblaciones, las cuales estaban virtualmente sitiadas. Ni a la Cruz Roja Internacional, ni a la prensa se les permitió pasar (Información del Centro de Derechos Humanos “Fray Bartolomé de las Casas”).

Después de que se permitió el tránsito sito por dichos caminos, se supo que,

conforme iban avanzando las tropas del Ejército Federal, la gente abandonó sus comunidades por temor. Dicho Ejército allanó muchas viviendas en busca de armas y radios, así como de las personas contra quienes se había dado orden de aprehensión.

El mencionado centro de derechos humanos recabó información e imágenes de la destrucción que dejó a su paso por algunas comunidades el Ejército Federal: casas saqueadas, muebles destruidos, maíz y frijol (el alimento de muchos meses) esparcido por todos lados, cafetales destrozados (en las fotografías se pueden ver las matas de café tronchadas y en el suelo), los animales domésticos habían huido. Quienes entraron a la selva después del Ejército sólo encontraron destrucción, miseria y abandono...

Los grupos de observadores nacionales e internacionales que visitaron la zona se preguntaban dónde podría estar la gente. "Huyeron a las montañas", respondían algunos ancianos que se quedaron por no poder caminar de prisa. Los testimonios de quienes volvían (y siguen volviendo) de la selva eran (y son) conmovedores. Aún no se sabe en cuánto tiempo se podrán reconstruir tantos daños y cuánto dinero costará...

Mi compañero y yo recibimos de Flor del Río la siguiente carta:

Flor del Río, mpio. de Las Margaritas, Chis., a 5 de marzo de 1995.

Hermanos Juan y María y sus hijos: Reciban un cordial saludo de parte de toda la comunidad. Después de este corto saludo pasamos a decirles que nosotros nos encontramos muy tristes acá en la comunidad. El motivo es por estas razones: el día 28 de febrero de 95 por la noche se llevaron al "Rey Azul" [el camión de la cooperativa] por los Federales del gobierno. Por el momento no sabemos dónde lo llevaron. Damos a saber que nosotros tuvimos un viaje y de regreso ya no pudimos pasar por el motivo que iban los Federales, en [el paraje] La Conquista dejamos el camión recomendado con unos compañeros. Pero ellos nos avisaron que lo llevaron, no sólo al "Rey Azul", también llevaron el camión de La Conquista, de tres toneladas y una camioneta. Se llevaron otro de Cruz del Rosario [otro paraje] un coche que habían regalado los de la Convención [Nacional Democrática]. Por eso les damos a saber lo que está pasando acá, a ver en qué nos pueden ayudar. Agradeciendo su atención, nos despedimos.

Firmas.

Esta guerra ha significado grandes pérdidas para los campesinos, pero las mayores pérdidas son las humanas...

Muchas mujeres de la selva han perdido a sus esposos, a sus hijos. Muchas de ellas se han quedado solas con la responsabilidad del cuidado de cinco o más niños. Muchas mujeres de la selva están desesperadas. No saben cómo van a salir adelante.

Quizá la única salida inmediata a los problemas que viven en estos momentos los habitantes de las comunidades de la selva, es la colectivización, la organización comunitaria, como lo está Flor del Río, donde los hombres cultivan juntos y atienden el ganado en forma colectiva, los frutos se reparten entre todas las fami-

lias, según el número de miembros; las mujeres hacen trabajos productivos comunitariamente y se ayudan entre sí para cuidar a los niños, se apoyan durante el embarazo y auxilian en los partos y los días siguientes. Los frutos del trabajo se reparten entre todos por igual, sin ver quién trabajó menos o más.

Esa es ahora la alternativa independiente viable que se vislumbra para la manutención de tantas viudas y tantos huérfanos que hay en la zona de conflicto. Es necesario revivir y reforzar la estructura comunitaria de la cultura indígena, que el capitalismo les arrebató para infundir su espíritu individualista que tanto daño ha hecho a los indios y a los campesinos en México, para beneficio de unos cuantos.

Bibliografía

BARRE, Marie-Chantal

1985 *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, Siglo Veintiuno, México.

CHAYANOV, A.V.

1974 *La Organización de la Unidad Doméstica Campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires.

DALTAUIT Godás

1992 Magalí, *Mujeres Mayas. Trabajo, nutrición y fecundidad*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México D.F.

Gobierno Constitucional del Estado de Chiapas, Secretaría de Fomento Económico, *Diagnóstico Municipal. Las Margaritas, Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

INEGI y Gobierno del estado de Chiapas

1993 *Anuario Estadístico del estado de Chiapas*, INEGI, Aguascalientes, Ags.

LEYVA Sonal, Xochitl y Gabriel ASCENCIO Franco

1991 "Los municipios de la Selva Chiapaneca. Colonización y dinámica agropecuaria", en: *Anuario del Instituto Chiapaneco de Cultura*, Talleres Gráficos del Estado, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

NASH, June

1975 *Bajo la mirada de los antepasados*, Instituto Indigenista Interamericano, México.

NASH, June

1993 "Producción doméstica en el mercado mundial", en: *Antropología Mesoamericana. Homenaje a Alfonso Villa Rojas*, Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, Chis.

OLIVERA, Mercedes

1979 "Mujeres Acasilladas en las Fincas de Chiapas", *Cuadernos Agrarios*, México.

PALERM, Angel

1980 «Articulación campesinado-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M», en: *Antropología y Marxismo*, Nueva Imagen, México D.F.

PÉREZ ENRÍQUEZ, Ma. Isabel, M. E. SANTANA, et.al.

1993 *Cooperativismo, colectivismo y mujeres campesinas en Cuba y México*, UnACh-CONACYT.

SANTANA E., Ma. Eugenia

1983 *El campesino: hacedor de nuestra historia*, Tesis de licenciatura en Antropología Social, inédita, México.

Secretaría de Gobernación y Gobierno del Estado de Chiapas

1988 *Los municipios de Chiapas*, México. (Colección: Enciclopedia de los municipios de México).

WOLF, Eric R.

1977 *Una tipología del campesinado latinoamericano*, Nueva Visión, (Colección Fichas, no. 62), Buenos Aires.